



Revista Electrónica de Psicología Iztacala



Universidad Nacional Autónoma de México

Vol. 25 No. 3

Septiembre de 2022

NECESIDADES EN PREVENCIÓN DE LA VIOLENCIA EN ADOLESCENTES VARONES: UNA PERSPECTIVA DE GÉNERO¹

Vanessa Lilian Reyes Ibarra², Liliana Mondragón Barrios³ y Juan Guillermo Figueroa Perea⁴

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz
El Colegio de México

RESUMEN

El impacto de la violencia interpersonal se centra más en los jóvenes varones, ya sea como víctimas o perpetradores. En México, la violencia interpersonal se encuentra entre las principales razones de muerte prematura y como perpetradores de la violencia interpersonal los varones son reportados como principales agresores, comenzando a ejercer violencia interpersonal desde edades tempranas. Por esta razón, la prevención dirigida a adolescentes varones es una necesidad para esta población, sobre todo para aquellos que presentan factores de riesgo. No obstante, en el diseño de intervenciones seleccionadas dirigidas a varones, suele omitirse la perspectiva de género. Se realizó una revisión de la literatura con el objetivo de explorar de qué manera se realizan las intervenciones seleccionadas para adolescentes varones en riesgo que reportan resultados exitosos en la prevención secundaria de la violencia interpersonal, con el objetivo de ver de qué manera integran la perspectiva género. Se analizaron intervenciones seleccionadas grupales e intervenciones con modalidad terapéutica dirigidas a adolescentes varones con riesgo que han reportado

¹ Esta investigación fue realizada gracias al apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, de México, en el periodo de 2016 a 2020. Número de apoyo 449027. Número de becario 230287.

² Candidata a Doctora en Psicología y Salud. Facultad de Psicología, Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: vanessa.reyesib@gmail.com

³ Investigadora en Ciencias Médicas. Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz. Correo electrónico: lilian@imp.edu.mx

⁴ Profesor-investigador, El Colegio de México y profesor asignatura, UNAM. Correo electrónico: jfique@colmex.mx

resultados exitosos. Los resultados muestran que las intervenciones no toman en cuenta la perspectiva de género, por lo que se proponen algunas recomendaciones. Es pertinente que las intervenciones seleccionadas dirigidas a varones consideren una perspectiva que promueva la reflexión de los adolescentes como sujetos de género.

Palabras clave: Violencia interpersonal, adolescentes, varones, género, prevención secundaria.

VIOLENCE PREVENTION NEEDS IN MALE TEENAGERS: A GENDER PERSPECTIVE

ABSTRACT

The impact of the interpersonal violence is mainly centered on young males either as perpetrators or as victims. In Mexico the interpersonal violence is placed among the principal reasons for premature death and as perpetrators of the interpersonal violence, men are reported as being the principal aggressors by starting to exert violence since early age. This is the reason why the prevention is aimed to male teenagers which is a need for this specific population, mainly for those who present risk factors. However, in the selected interventions designing addressed to men the gender perspective is usually omitted. A literature revision was carried out to explore the way the selected interventions for male teenagers at risk that have reported successful results in the secondary prevention of the interpersonal violence with the objective of observing the way they integrate the gender perspective. The selected interventions groups and the therapeutic modality interventions aimed to male teenagers at risk were analyzed. The results show that the interventions do not consider the gender perspective therefore some recommendations are proposed. It is appropriate for the selected interventions aimed to males to consider a perspective that promotes a reflection of the teenagers as gender subjects.

Keywords: interpersonal violence, adolescents, males, gender, secondary prevention.

La violencia es reconocida por la Organización Mundial de la Salud (OMS) como un problema de salud pública desde 1996, debido a las consecuencias graves que acarrea, como: el aumento en los problemas de salud mental, los homicidios, la disminución de la esperanza de vida de la población y el alto costo económico y humano de los servicios de salud, sobre todo en países donde éstos son escasos (United Nations Office on Drugs and Crime, 2019).

La violencia ha sido entendida como cualquier uso deliberado de la fuerza física o el poder, ya sea en grado de amenaza o efectivo y que tenga probabilidades de causar lesiones, muerte o daño, psicológico, trastornos del desarrollo o privaciones.

La OMS hace una división entre violencia, autoinflingida, interpersonal y colectiva considerando la dirección que lleva el acto violento. En el caso de la violencia interpersonal, en la que se centra este trabajo, ésta es dirigida a diferentes personas, familia, pareja o comunidad y se expresa en forma física, sexual, psicológica o a manera de privaciones.

La violencia interpersonal cada año cobra víctimas, tanto mortales como no mortales. En cuanto a víctimas mortales, la mayoría de los homicidios en el mundo, por ejemplo, se relacionan con ella y ocurren fuera de zonas de conflicto en países que no están en guerra (Geneva Declaration Secretariat, 2015). La tasa de homicidios intencionales, a nivel mundial en 2017, fue 6.1 por cada 100 mil habitantes y en específico, la tasa para el continente americano fue de 17.2 homicidios por cada 100 mil habitantes (United Nations Office on Drugs and Crime, 2019). En México, el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2019), reportó que en 2018 se registraron 35 mil 964 homicidio, lo cual representa una tasa de 29 homicidios por cada 100 mil habitantes. Las cifras de concentración por sexo son claras, a nivel mundial se calcula que el 79% de víctimas de homicidio son hombres, no obstante, cabe mencionar que en el contexto familiar y de relaciones de pareja, las mujeres están en un riesgo mayor que los hombres (Oficina de las Naciones Unidas contra la droga y el delito, 2013).

En cuanto a las formas de violencia interpersonal que no tienen consecuencias fatales pero que ocasionan daños a la población, existen una serie de manifestaciones de violencia interpersonal que afectan principalmente a algunos grupos de la población. En México, se calcula que un 66.1% de mujeres mexicanas, mayores de 15 años, han sufrido al menos un incidente de violencia emocional, económica, física, sexual o discriminación a lo largo de su vida (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, 2017). Este tipo de violencia no fatal genera un costo económico importante; Tan sólo en lo que respecta a las mujeres que vivieron violencia por parte de sus parejas, se calcula un costo de 1.4% del PIB en

México en 2015⁵ (Universidad Nacional Autónoma de México y Secretaría de Gobernación, 2016).

Por otro lado, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (2015) apunta que la violencia interpersonal se concentra en determinados grupos sociales y franjas de edad, siendo el segmento más expuesto los jóvenes entre 15 y 29 años. El homicidio, por ejemplo, es una de las principales causas de muerte entre los jóvenes de 15 a 19 años (United Nations Office on Drugs and Crime, 2019).

El impacto de la violencia interpersonal se centra más en los jóvenes varones, ya sea como víctimas o perpetradores. En nuestro país, la violencia interpersonal se encuentra entre las principales razones de muerte prematura en jóvenes varones. Lozano, Gómez-Dantés, Pelcastre, Ruelas, Montañez, Campuzano, Franco, González (2014) señalan que los accidentes de tráfico, la violencia interpersonal, los ahogamientos, la exposición a fuerzas mecánicas y los suicidios son responsables de 53% del total de razones de muerte prematuras.

Como perpetradores de la violencia interpersonal, se calcula que un 95% de los homicidas a nivel global son hombres, porcentaje que se mantiene más o menos constante de país en país y entre regiones e independiente de la tipología del homicidio y el arma empleada (Oficina de las naciones unidas contra la droga y el delito, 2013). En México, datos del INEGI (2017) señalan que, en el ámbito familiar los hombres son los principales agresores de las mujeres. Los hermanos varones reportados como principales agresores con un 25.3%, seguido del padre (15.5%). El tipo de violencia cometida es principalmente emocional (59.6%), seguida de económica patrimonial (17.5%), física (16.9%) y, por último, sexual (6.0%). De igual forma, en el ámbito escolar, se calcula que el 47.1% de los agresores a las mujeres en ambientes escolares son compañeros varones, quienes ejercieron violencia sexual, emocional o física principalmente hacia las mujeres, en los últimos 12

⁵ El costo se calculó al considera los ingresos que dejaron de percibir las mujeres por motivos de feminicidios registrados en el año 2013, así como el valor de los trabajos no remunerados que dejaron de realizar, al gasto en mantener los servicios carcelarios de los hombres que se encontraban en reclusión por motivos de violencia familiar en 2015 y a los programas públicos dirigidos a prevenir, atender y sancionar la violencia contra las mujeres.

meses, según reportan las mujeres entrevistadas (Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares, 2016, INEGI, 2017).

En México, se reportan datos en los que se observa que los varones ejercen violencia interpersonal en entornos escolares desde edades tempranas, en los niveles de primaria y secundaria; pero a mayor edad comienzan a ver el agravamiento de estos actos, ocasionando daños a la salud propia y de otras personas. Por esta razón, la prevención es una necesidad para esta población (Aguilera, Muñoz y Orozco, 2007).

La OMS (2002), refiere que, en el ámbito de la salud pública, existen tres niveles de prevención de la violencia: Prevención primaria, secundaria y terciaria. Estos tres niveles se han aplicado a las víctimas tradicionalmente, no obstante, son válidos para los perpetradores de los actos violentos. Las intervenciones seleccionadas, son aquellas referidas a un nivel de prevención secundaria –también llamada específica- y se definen como aquellas intervenciones “dirigidas a las personas consideradas con mayor riesgo de padecer o cometer actos violentos (es decir, que reúnen uno o más factores de riesgo)”(p.13). Este tipo de prevención puede tener un impacto positivo en la salud de los jóvenes varones y funcionar como factor protector para otras conductas de riesgo para la salud que se han visto relacionadas como son la afectación a la salud mental, consumo de sustancias y comportamientos sexuales de riesgo (Fagan y Catalano, 2012).

No obstante, en el diseño de intervenciones seleccionadas dirigidas a varones, suele omitirse la perspectiva de género. Rodríguez (2015), señala que, en México, la perspectiva de género en prevención dirigida a varones no siempre es considerada como necesaria y señala que dicha perspectiva suele adoptarse como sinónimo de políticas dirigidas a las mujeres. Ramírez (2015), por su parte, menciona que, hasta ahora los esfuerzos en políticas públicas de género de los hombres en nuestro país, se han dado en cuanto a sensibilización, hacer visible a los hombres como sujetos de género y en los llamados a involucrarlos en la construcción de igualdad y equidad, sin embargo, especifica que no existen mecanismos que articulen de manera sostenida y sistemática los esfuerzos que generalmente son aislados.

Es importante que se creen estrategias de prevención de la violencia que tomen en cuenta lo reportado por la literatura sobre la socialización de género en los hombres, que influyen en el ejercicio de la violencia en los adolescentes; Poteat, Kimmel y Wilchins (2010), por ejemplo, reportan la relación entre violencia y las normas masculinas. Los autores explican que algunos chicos pueden atribuir las provocaciones agresivas como un reto a su masculinidad y, por lo tanto, actuar de manera violenta hacia los otros, principalmente dentro de los entornos escolares.

Por otro lado, el honor masculino, entendido como la expectativa que los varones tienen o deberían tener para expresar su tenacidad y fuerza, se ha asociado como un factor independiente de los valores familiares o culturales para que los jóvenes, especialmente los de mayor edad, se involucren en actos violentos (Khoury-Kassabri, 2016). Asimismo, se ha visto que los varones preadolescentes justifican la violencia hacia las mujeres con actitudes y creencias sexistas (Ferragut, Blanca y Ortiz-Tallo, 2013).

Por otra parte, se ha visto que la violencia en los adolescentes puede ejercerse como una forma de afirmación, y para muchos jóvenes en situación de pobreza y marginalidad, es una opción con la que se identifican como una forma de afirmar poder y dar sentido a su identidad masculina (McAra y McVie, 2016). Por lo anterior, resulta importante que el diseño de estrategias de intervenciones seleccionadas que cuenten con una perspectiva de género.

En el presente trabajo se presentan los resultados de una búsqueda de las principales intervenciones seleccionadas sobre violencia interpersonal dirigida para adolescentes varones en riesgo y se analiza si éstas tienen una aproximación con perspectiva de género.

Método.

Se realizó una revisión de la literatura con el objetivo de explorar de qué manera se realizan las intervenciones seleccionadas para adolescentes varones en riesgo y que reportan resultados exitosos en la prevención secundaria/específica de la violencia interpersonal, con el objetivo de ver de qué manera integran la perspectiva de género.

La perspectiva de género se entiende como aquella metodología que considera al género como aquello que se construye desde una diferencia entre los sexos de orden biológico, pero que genera desigualdades sociales entre el hombre y la mujer (Lamas 200), en un contexto histórico social determinado (Izquierdo, 1994), dentro de un sistema patriarcal (De Barbieri, 1995). En este contexto, los hombres, como sujetos de género, reproducen ciertos discursos dominantes (Núñez, 2004) por lo que una perspectiva de género sería aquella que permita explicar los sistemas sociales en términos de acciones individuales en los sujetos varones (Minello, 2002).

Una intervención dirigida a hombres que contemple una metodología con perspectiva de género tendría que permitir el trabajo con los adolescentes varones en torno a las desigualdades entre hombres y mujeres, además de la reflexión sobre el ser sujetos de género y su implicación en la violencia.

La información sobre estudios empíricos del tema que se presenta fue obtenida a partir de la revisión en internet utilizando diferentes motores de búsqueda (PsycInfo, Scielo y EBSCO), principalmente en el área de la psicología. Los descriptores buscados fueron, en inglés: “*violence*”, “*prevention*”, “*adolescence*”, “*male*”; y en español: “*violencia*”, “*adolescentes*” y “*prevención*”. La búsqueda se limitó a un periodo reciente, de 2014 al 2019, tanto en español como inglés. Con base en esta revisión, los resultados se agrupan en: intervenciones grupales y terapéuticas.

Resultados.

El Informe mundial sobre la violencia y la salud (Organización Panamericana de la Salud, 2002), señala que basados en una perspectiva ecológica de la violencia, encontramos que los programas y políticas de prevención, en los diferentes niveles, se pueden orientar hacia varios ejes: individual, relacional, de las comunidades y sociedades en su conjunto. A su vez, cada uno de estos ejes se pueden aplicar a sectores de la sociedad como escuelas, lugares de trabajo o comunidades. La búsqueda realizada arrojó una variedad de intervenciones aplicadas en diversos escenarios. Para fines de este trabajo, las intervenciones encontradas se agruparon en dos tipos de intervenciones: intervenciones grupales (que puede incluir grupos

escolares o deportivos o grupos de pares) y las intervenciones con modalidad terapéutica. Todas estas intervenciones son seleccionadas, es decir, dirigidas a adolescentes con riesgo de cometer actos violentos y todas han reportado resultados exitosos.

Intervenciones Grupales.

Las investigaciones demuestran que el éxito de las intervenciones seleccionadas se relaciona con el hecho de integrar estrategias individuales en combinación con algunas dirigidas al grupo de pertenencia del adolescente, por ejemplo, pares o comunidad. Lo anterior podría explicarse, debido a que los grupos toma gran relevancia para el sujeto en la adolescencia. En el trabajo con adolescentes, destacan los programas que se enfocan en las actividades en el tiempo libre y la relación de los adultos con ellos (Rivera y Cahuana, 2016).

Un tipo de intervención seleccionada que encontramos es la que trabaja con figuras de autoridad moral como los *coaches* o tutores. Los programas que trabajan con mentorías, desde hace casi tres décadas, han reportado ser eficaces para adolescentes en riesgo, como por ejemplo MENTOR-VIP de la Organización Mundial de la Salud⁶ que se basa en tutorías por parte de mentores a un aprendiz, a través de medios electrónicos y llamadas telefónicas e interacción. El objetivo es que el mentor pueda transmitir a un aprendiz alguna habilidad de interés de este último durante un periodo de 12 meses. Estas habilidades van dirigidas a disminuir el riesgo a la violencia en los participantes. El programa reporta resultados positivos en cuanto a la obtención de habilidades en el adolescente que llevan a la disminución de los factores de riesgo a la violencia.

Por su parte, la influencia de los *coaches* deportivos, también puede resultar positiva para la disminución de conductas antisociales y factores de riesgo para la delincuencia, ya que se ha reportado que sus estrategias pueden impactar en las relaciones comunitarias, como el uso del tiempo libre y la integración a través de interacciones positivas (Spruit, Van der Put, Van Vugt y Stams, 2017). El programa

⁶ Para más información:

http://www.who.int/violence_injury_prevention/capacitybuilding/mentor_vip/en/

de intervención Sólo tú decides quién eres [“Alleen Jij Bepaalt Wie Je Bent “(AJB)] basado en el deporte, trabajó con adolescentes varones de 12 a 18 años. Sus estrategias consistían en que los adolescentes logaran tener una relación con su *coach* deportivo en la que este fuera un modelo a seguir. El entrenador tenía que ser claro al establecer a diferencia entre un comportamiento deseable y no deseable, ejemplificado por medio de su actuar como buen ejemplo. Mediante un acercamiento positivo y respetuoso se alentó a los jóvenes a participar en actividades pro-sociales por medio del club. Cuando fue necesario los entrenadores ofrecieron una guía individual.

La importancia de integrar a los adolescentes a sus comunidades por medio de estrategias en la comunidad que promuevan el uso del tiempo libre de los adolescentes, así como la promoción de la cultura de la paz o el buen trato entre jóvenes, han resultado satisfactorias, como demuestra una investigación realizada en Honduras por Hansen-Nord, Kjaerulf, Almendarez, Morales y Castro (2016) quienes reportan hasta un 42% menos riesgo de violencia en aquellos que participaron en las actividades recreativas que buscaban el uso del tiempo libre y promoción de la cultura de la paz y el buen trato entre jóvenes.

Las estrategias en las comunidades resultan fundamentales para el trabajo con la prevención de la violencia interpersonal, ya que hay que considerar también que los contextos particulares en los que los jóvenes crecen determinarán las pautas de comportamiento y la influencia grupal determinada que reciban. Se ha observado que hay una relación entre la violencia de contexto y la violencia actuada a nivel intrapersonal. Voisin, Patel, Sung Hong, Takahashi y Gaylord-Harden (2016), reportan que los adolescentes que tienen tasas más altas de exposición a la violencia en la comunidad son significativamente más propensos a presentar peores condiciones de salud mental, comportamientos delincuentes, antecedentes de participación en la justicia juvenil, vínculos escolares menores y menor conexión estudiante-maestro. Estos jóvenes son más propensos a consumir alcohol, cigarrillos y sustancias ilícitas y a participar en comportamientos sexuales de alto riesgo.

De igual forma, se sugiere que las intervenciones en comunidades expuesta a altos

niveles de violencia posean cierto diseño específico adecuado para las características culturales del grupo en el que se va a intervenir. Un ejemplo de una estrategia exitosa que toma en cuenta la particularidad de la comunidad es el programa UMOJA, diseñado para jóvenes afroamericanos en riesgo de comportamiento violento y delictivo, que a través de mentoría busca integrar varias actividades a diferentes niveles, enfocadas en proporcionar habilidades para la vida. Este programa reporta que el aprendizaje de tocar tambores africanos se relaciona con cambios positivos en las relaciones de los jóvenes en grupo y la ausencia de nuevos delitos, para jóvenes que ya los habían cometido (Watson, Washington y Stepteau- Watson, 2015).

Las estrategias comunitarias para la prevención de la violencia, lejos de lo que nos podríamos imaginar, muchas veces son demandadas por las mismas comunidades por lo que se deben considerar como necesarias de implementar por parte de los organismos públicos o las organizaciones comunitarias (Dodington, Molen, Woodlock, Housman, Richmand y Fein, 2012).

No obstante, las estrategias que se llevan a cabo en la comunidad con los adolescentes, que han sido reseñadas, no toman en cuenta la perspectiva de género, a pesar de que la literatura reporta que la forma de interacción del adolescente con adultos o con sus pares en sus comunidades suele ser diferente para hombres y mujeres.

Los varones parecen tener experiencias muy diferentes, relacionadas con ciertos estereotipos masculinos en cuanto a la independencia. La exposición a los eventos violentos que suceden en las comunidades resulta ser mayor en adolescentes de más edad (hombres y mujeres), ya que es común que sean más independientes; pero en el caso de los varones, éstos experimentan de manera temprana esta independencia, por lo que están expuestos a los factores de violencia social a edades prematuras. Lo anterior -sobre todo en relación con estresores cotidianos-, se relaciona en varones con una mayor presencia de conducta externalizada como: conductas antisociales, agresión, consumo de drogas y bajo rendimiento escolar (Mels, 2012).

En México, al respecto, encontramos que los adolescentes varones experimentan

mucha más violencia en el espacio público. Los adolescentes entre 10 a 19 años reportan una prevalencia de daños a la salud por violencia interpersonal de 3.9% y esta es mayor en hombres (5.0%) y aún mayor en adolescentes que estudian y trabajan (7.2%). Las prevalencias más altas se encuentran en adolescentes que viven en el área metropolitana, en zonas de baja marginalidad y que no tienen seguridad social. Los hombres adolescentes sufren mayoritariamente violencia en los espacios públicos 64.8%, en la escuela 29.4% y en el hogar 5.8% (Valdez-Santiago, Hidalgo-Solórzano, Mojarro-Íñiguez, Rivera-Rivera y Ramos-Lira, 2013). Por lo anterior, tomar en cuenta los factores de riesgo para los varones que están en comunidades donde la violencia es cotidiana, implica problematizar la socialización que como varones han recibido, en el sentido de ser sujeto de género varones en contextos que promueve una mayor posibilidad de relacionarse en el ambiente social de riesgo a edades más temprana. Por otro lado, como ya se mencionó, la violencia para ciertos adolescentes varones en situaciones de marginalidad, puede ser una forma de afirmarse y reafirmar cierta identidad masculina que les resulte favorable a su contexto (McAra y McVie, 2016).

Intervenciones con Modalidades Terapéuticas.

La Organización Panamericana de la Salud (2016), reporta que las modalidades terapéuticas, por ejemplo, la psicoterapia cognitiva conductual, son las únicas que se han mostrado prometedoras para la prevención de la violencia juvenil, de acuerdo a su análisis de estrategias dirigidas a la población joven en mayor riesgo de violencia o que ya está involucrada en ella.

Un ejemplo de este tipo de programas que ha reportado resultados positivos es el programa "*Becoming a man*" (convertirse en un hombre) (BAM), que se ha aplicado en Estados Unidos con éxito, tanto en escenarios escolares como en centros de detención juvenil⁷ con hombres adolescentes entre 12 y 18 años. En ambientes escolares se busca trabajar con aquellos adolescentes que estén en situación de riesgo de abandono escolar. De este modo, este programa se centra en la impulsividad y las respuestas automáticas que pueden llevar a la violencia, por

⁷ Para más información: <https://urbanlabs.uchicago.edu/projects/becoming-a-man>

medio de sesiones de consejería grupales con un enfoque terapéutico cognitivo conductual, dirigidas por un consejero psicólogo o trabajador social. El objetivo es reducir las conductas impulsivas y las respuestas automáticas frente a ciertas situaciones de riesgo cotidianas que pueden llevar a la violencia. Este programa ha resultado exitoso sobre todo en escenarios urbanos, donde se ha probado su eficacia, como por ejemplo la ciudad de Chicago en Estados Unidos.

Cabe señalar que las intervenciones terapéuticas, para resultar eficaces, necesitan ser sostenidas en el tiempo e ir más allá de las estrategias educativas (Zayas-Ríos, Reyes-Ortíz, González-Cortés, Villarán Y Vilella, 2016), además, es fundamental que trabajen más profundamente con las competencias que permitan al adolescente hacer un cambio de conducta y que éstas estén acompañadas por otras intervenciones.

Un meta-análisis realizado por Jewkes, Flood, y Lang (2015) que estudió 67 intervenciones para prevenir violencia de género en hombres y niños, encontró que muy pocas intervenciones reportan fuerte evidencia en la reducción de la perpetración de la violencia pero son intervenciones largas, sostenidas (por 26 y hasta 50 horas), la que arrojan los resultados más confiables. No obstante, se considera difícil que estos métodos puedan ser replicables en países con pocos servicios profesionales de salud mental, ya que exigen un tiempo prolongado de atención, así como la presencia de personal muy capacitado y dedicado para asesorar a los jóvenes y sus familias periódicamente (Organización Panamericana de la Salud, 2016).

Por otro lado, al igual que las intervenciones grupales, las terapéuticas que se reportan no consideran al género para el diseño de las intervenciones. Podemos considerar que las intervenciones exitosas antes señaladas, podrían tomar en cuenta -sin que sus objetivos principales perdieran fuerza- algunos factores relativos al género como: las normas masculinas y su influencia para el ejercicio de la violencia entre pares (Poteat, Kimmel y Wilchins, 2010), las expectativas de que los varones tienen o deberían tener para expresar su tenacidad y fuerza (Khoury-Kassabri, 2016), el papel que muchas veces eso tiene dentro de su grupo social en el sentido de que eso les podría permitir la autoafirmación (McAra y McVie, 2016) y

las actitudes y creencias sexistas justifican la violencia (Ferragut, Blanca y Ortiz-Tallo, 2013), entre otras.

Es decir, si tomamos en cuenta ciertos factores individuales que los hombres han adoptado como parte de su socialización de género, las intervenciones en su modalidad terapéutica podrían generar una dimensión de trabajo en la que se proponga reflexionar sobre el sentido de la violencia de cada adolescente varón en relación a su socialización de género, lo que podría generar un cambio conductual a mayor profundidad ya que no sería una estrategia meramente educativa y puede ser un proceso acompañado de estrategias conductuales, a largo plazo para mayores resultados.

Por lo anterior, resulta importante que las intervenciones seleccionadas con una modalidad terapéutica tomen en cuenta para su diseño no sólo la duración del tratamiento y la capacitación del personal que realice la misma, sino la comprensión del rol que juegan los aprendizajes de género que los varones pueden tener respecto a la violencia.

Recomendaciones para Integrar una Perspectiva de Género.

Para el diseño de intervenciones seleccionadas para la prevención de la violencia interpersonal con perspectiva de género dirigido a adolescentes varones, se requieren tomar ciertas consideraciones de trabajo, debido a que se ha visto que los contenidos de género de los programas o intervenciones necesitan considerar una promoción de la reflexión, con lo que se asegure un conocimiento más profundo en los adolescentes, ya que muchas veces los participantes, reportan poca comprensión del factor género en relación a la violencia. Fox, Hale y Gadd (2014) reportan que los adolescentes pueden malentender la relación del género y la violencia, creyendo a veces que lo que se dice respecto a eso es sexista, ya que se señala como agresores a los hombres con respecto a las mujeres. Lo anterior, puede generar un rechazo a las sesiones y sus contenidos, por lo que se sugiere el material trabajado en materia de género con adolescentes varones sea diseñado de manera que promueva la reflexión.

Además, los autores sugieren que las intervenciones sean adaptadas a cada grupo

para hacer un trabajo más efectivo. Tomando en cuenta la forma en la que trabaja el grupo y su edad, por ejemplo, los programas más dinámicos son más fácilmente aceptados por los niños mayores que por los más pequeños. También si en el grupo hay compañeros que generan violencia, las intervenciones deben de ser adecuadas a la situación del grupo, así como tratar de adaptar en la medida de lo posible las intervenciones con respecto a la capacidad emocional o el manejo que se pueda hacer de las emociones que se pueden evocar en los participantes. Para ello se sugiere un facilitador con cierta relación y comunicación previa o considerar a los maestros para realizar estas actividades de prevención con un grupo escolar. No obstante, un riesgo es que los maestros poco capacitados en temas de prevención de la violencia transmitan a los alumnos que estos serán juzgados, por lo que los autores sugieren que haya una fuerte colaboración entre expertos facilitadores en el tema y maestros, por ejemplo, mediante el trabajo conjunto.

La importancia de hacer intervenciones a la medida es fundamental, ya que sabemos que el fenómeno de la violencia no es el mismo para todos los varones, ni todos los varones comparten las mismas características para que las intervenciones sean de una misma medida siempre sólo por ser dirigidas a una población de la misma edad y el mismo sexo. En este sentido, se ha visto que las intervenciones con perspectiva de género necesitan evaluar la propensión a la violencia de quienes se va a intervenir, ya que aquellos que han vivido experiencias traumáticas y sostienen un uso de la violencia dominante, las intervenciones requerirán de más complejidad (Jewkes, Flood y Lang, 2015).

Otro factor importante para hacer las intervenciones específicas es entender de qué manera las normas de género se juegan en los participantes. Shefer, Kruger y Schepers (2015), reportan que las diferentes formas de ser hombre responden a diferentes demandas como varones jóvenes, algunas en sentido a una masculinidad hegemónica (Connell, 2015) y otras contrarias a ellas. Las diferentes formas de masculinidad responden a demandas contradictorias al mismo tiempo que resisten deseos de la masculinidad hegemónica. Los autores invitan a estudiar las representaciones de los jóvenes, más allá de las representaciones deterministas y unitarias de la masculinidad, ya que a menos en esta población, se ha visto, las

formas de ser hombres son múltiples.

Finalmente, en cuanto a la exploración de los propios conceptos y significados en torno al ser hombre y la masculinidad en el grupo en el que se busca intervenir, habrá que tener en cuenta el fenómeno de la normalización de la violencia. Al respecto, en México, Villaseñor y Castañeda (2013), han reportado que la construcción simbólica de la violencia sexual se da por medio de explicaciones naturalistas y constructivistas y los límites entre lo que está bien o mal en la violencia sexual parecen ambiguos, para ello, se sugiere tomar en cuenta para la planeación, ciertas etapas de sensibilización y reflexión adecuada para los participantes, que permitan el trabajo con los contenidos planeados en el programa.

En resumen, podemos decir que se sugiere que el trabajo con adolescentes se realice bajo un diseño específico de las necesidades de la población, que tome en cuenta la edad, las características de los participantes como antecedentes y grados del ejercicio de la violencia y que trabaje con contenidos de género promoviendo una reflexión más profunda de los mismos por parte de los adolescentes.

La reflexión propuesta para una intervención con perspectiva de género podría ser aquella que invite a la comprensión de los participantes sobre el ser sujetos de género, es decir, sobre el ser hombre, la educación de género, los roles de género y cómo esto impacta en su masculinidad en relación con la violencia interpersonal.

Discusión Y Conclusión.

La presente revisión hecha sobre prevención de la violencia dirigida a varones adolescentes, muestra una falta de aproximaciones con perspectiva de género en las intervenciones seleccionadas encontradas. Se observó que las intervenciones miden su éxito en términos de reducción de los factores de riesgo para la delincuencia y violencia, disminución de las conductas antisociales, mejora en las relaciones comunitarias e interacciones sociales, disminución de impulsividad y las respuestas automáticas asociadas a la violencia. No obstante, ninguno de los resultados de las intervenciones hacía referencia al género.

Integrar una perspectiva de género resulta fundamental de ser incluida para la prevención de la violencia, ya que son inseparables los valores que en una cultura

se asocian al ser hombres y su relación con el actuar violento del adolescente (Ferragut, Blanca y Ortiz-Tallo, 2013; Khoury-Kassabri, 2016; McAra y McVie 2016; Poteat, Kimmel y Wilchins, 2010).

Si bien, las intervenciones seleccionadas en las que se integra a una figura de autoridad para el adolescente como un *coach*, un tutor, un instructor o un entrenador deportivo, tienen la ventaja de impactar en las relaciones comunitarias del adolescente y su integración a otros grupos por medios de interacciones positivas, incluir una perspectiva de género a este tipo de intervenciones podría beneficiar a los adolescentes varones en cuanto aprendizajes que promuevan la reflexión sobre su masculinidad y los comportamientos violentos, en relación a la presencia de la violencia en sus comunidades, ya que ambos factores se han reportado interrelacionados (Mels, 2012; Voisin, Patel, Sung Hong, Takahasi y Gaylord-Harden, 2016).

En cuanto a las intervenciones terapéuticas, es importante considerar que éstas suelen mostrar resultados positivos, sobre todo si las intervenciones son a largo plazo (Jewkes, Flood y Lang, 2015; Zayas-Ríos, Reyes-ortíz, González-Cortés, Villarán y Vilella, 2016), por lo que habría que considerar, sumar a lo anterior, la promoción de aproximaciones que promuevan la reflexión de los adolescentes varones sobre aspectos relacionados con la violencia interpersonal desde una perspectiva de género (Fox, Hale y Gadd, 2014), de modo que sean los mismos participantes que vayan reflexionado sobre los factores de género relacionados con el ejercicio de su violencia interpersonal, como sus propias normas de género (Shefer, Kruger y Schepers, 2015) e incluso la normalización de la violencia interpersonal en su propia experiencia (Villaseñor y Castañeda, 2013).

Probablemente un acercamiento efectivo para adolescentes varones que ejercen violencia, desde una perspectiva de género, tenga que ser una aproximación abierta y flexible, que promueva la reflexión de los participantes y que promueva el trabajo de los mismos con respecto al análisis de su propia violencia entendida en el marco de los significados de su ser hombre y su relación con su actuar violento, promoviendo con ello, el cuestionamiento de los mismos como sujetos de género (Núñez, 2004).

Podemos considerar que los cambios pueden verse reflejados más allá de los cambios de conducta más evidentes, como las intervenciones suelen reportar; al integrar una perspectiva de género, sobre todo que promueva la reflexión de los mismo adolescentes, podemos apostar a un cambio no sólo a más largo plazo, sino probablemente, un cambio que genere una introspección necesaria de los varones como sujetos de género, con el objetivo de impactar positivamente en sus relaciones con los otros y consigo mismos.

Por lo anterior, es relevante considerar al género como un elemento fundamental para hacer prevención con los adolescentes hacia los que se dirijan los programas; problematizar, lo anterior, dependiendo del grupo de varones a los que se dirijan las estrategias de prevención de la violencia, es primordial, no solamente es importante conocer los aspectos relacionados con creencias sexistas o normas masculinas relacionadas con la violencia, como se mencionó, resulta también relevante considerar que un obstáculo para el trabajo es que muchas veces la violencia en los adolescentes varones está normalizada.

Finalmente, es importante considerar que la adolescencia por sí misma es una fase de mayor flexibilidad para poder hacer cambios y cuestionamientos de género que permitan resultados en los varones; como reporta Rocha (2008), en esta etapa los varones mexicanos se pueden cuestionar los roles rígidos aprendidos, por lo que habría que considerar a la adolescencia como un periodo de ventana ante la cual acceder para la promoción de los cambios que favorezcan roles menos estereotipados en los adolescentes varones.

Por lo anterior, consideramos de suma importancia que las intervenciones dirigidas a adolescentes varones, en cuanto a prevención de la violencia, contemplen una metodología con perspectiva de género, que contemple en sus fundamentos teóricos y en el diseño de sus intervenciones a las desigualdades entre hombres y mujeres y que permita una reflexión de los participantes como sujetos de género y su implicación en la violencia interpersonal.

Referencias Bibliográficas.

- Aguilera, M., Muñoz, G. Y Orozco, A. (2007) *Disciplina, violencia y consumo de sustancias nocivas a la salud en escuelas primarias y secundarias de México*. México: Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación. Recuperado de: <https://publicaciones.inee.edu.mx/buscadorPub/P1/D/230/P1D230.pdf>
- Comisión Interamericana de Derechos Humanos (2015) *Violencia, niñez y crimen organizado*. Organización de los Estados Americanos: Author. Recuperado de: www.cidh.org
- Connell, R. (2015). *Masculinidades* (2da. Edición). México: PUEG-UNAM.
- De Barbieri, T. (1995). Certezas y malos entendidos sobre la categoría de género. *Estudios Básicos sobre Derechos Humanos IV*, Instituto Interamericano de Derechos Humanos, Serie Estudios de Derechos Humanos, 47 - 84. Recuperado de: <https://www.te.gob.mx/genero/media/pdf/94483483c320f4d.pdf>
- Dodington, J., Molen, C., Woodlock, J. Housman, A. Richmand, T. y Fein, A. (2012). Youth and adult perspectives on violence prevention strategies: A community-based participatory study. *Journal of community psychology*, 40, (8), 1022–1031.
- Fagan, A. y Catalano, R. (2012). What Works in Youth Violence Prevention: A Review of the Literature. *Research on Social Work Practice*, 23(2), pp.141-156.
- Ferragut, M., Blanca, J. y Ortiz-Tallo, M. (2013) Psychological values as protective factors against sexist attitudes in preadolescents. *Psicothema*, 25 (1), 38-42.
- Fox, L. Hale, R. y Gadd, D. (2014) Domestic abuse prevention education: listening to the views of young people. *Sex Education*, 14 (1), 28-41.
- Geneva Declaration Secretariat. (2015) *Global Burden of Armed Violence 2015: Every Body Counts*. Cambridge: Cambridge University Press. Recuperado de: <http://www.genevadeclaration.org/measurability/global-burden-of-armed-violence/global-burden-of-armed-violence-2015.html>
- Hansen-Nord, S., Kjaerulf, F., Almendarez, J., Morales, V. y Castro, J. (2016) Reducing violence in poor urban areas of Honduras by building community resilience through community-based interventions. *Public Health*, 61, 935-943.

- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2017). *Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares (ENDIREH) 2016*. México: INEGI. Recuperado de: <https://www.inegi.org.mx/programas/endireh/2016/>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2019). *Datos preliminares revelan que en 2018 se registraron 35 mil 964 homicidios*. Comunicado de prensa núm. 347/19. Recuperado de: <https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2019/EstSegPub/homicidios2018.pdf>
- Izquierdo, J. (1994) uso y abuso del concepto de género. En M. Vilanova, (Org.). *Pensar las diferencias*. Barcelona: Universidad de Barcelona. Recuperado de: <http://www.bdigital.unal.edu.co/47756/1/8447703215.pdf>
- Jewkes, R., Flood, M. y Lang, J. (2015) From work with men and boys to changes of social norms and reduction of inequities in gender relations: a conceptual shift in prevention of violence against women and girls. *Lancet*, 385, 1580-1589.
- Khoury-Kassabri, M. (2016). Masculine and family honor and youth violence: the moderating role of ethnic-cultural affiliation. *American Journal of Orthopsychiatry*, 86 (5), 519-526.
- Lamas, M. (2000). Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género. En M. Lamas, (Comp.). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: PUEG/UNAM. 227-366. Recuperado de: http://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios_catedras/practicas_profesionales/825_rol_psicologo/material/descargas/unidad_2/oprativa/ usos dificultades posibilidades genero.pdf
- Lozano R, Gómez-Dantés, H., Pelcastre, B., Ruelas, M.G., Montañez, J.C., Campuzano, J.C., Franco, F. Y González, J.J. (2014). Carga de la enfermedad en México, 1990-2010. Nuevos resultados y desafíos. Cuernavaca, México: Instituto Nacional de Salud Pública /Secretaría de Salud.
- McAra, L. y McVie, S. (2016) Understanding youth violence: The mediating effects of gender, poverty and vulnerability. *Journal of criminal justice*, 45, 71-77.
- Mels, C. (2012) Entre pobreza y violencia: ¿cómo afectan los estresores diarios y la violencia a adolescentes en zonas de guerra?. *Ciencias psicológicas*, VI (2), 111-122.
- Minello, M. N. (2002) Masculinidades: un concepto en construcción. *Nueva antropología*, vol XVIII (61), septiembre, 11-30. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/pdf/159/15906101.pdf>

Núñez, N. G. (2004) Reflexiones epistemológicas para el estudio de “los hombres” como sujetos genéricos. *Desacatos*, 15-16, otoño invierno, 13-32.

Oficina de las naciones unidas contra la droga y el delito (UNODC). (2013). *Estudio mundial sobre el homicidio*. Resumen ejecutivo. Recuperado de: https://www.unodc.org/documents/gsh/pdfs/GLOBAL_HOMICIDE_Report_ExSum_spanish.pdf

Organización Panamericana de la Salud, Oficina Regional para las Américas de la Organización Mundial de la Salud. (2002). *Informe mundial sobre la violencia y la salud: resumen*. Washington, D.C: Author. Recuperado de: http://www.who.int/violence_injury_prevention/violence/world_report/es/summary_es.pdf

Organización Panamericana de la Salud. (2016). *La prevención de la violencia juvenil: panorama general de la evidencia*. Washington, DC: OPS. Recuperado de: http://iris.paho.org/xmlui/bitstream/handle/123456789/28248/9789275318959_spa.pdf?sequence=5&isAllowed=y

Poteat, P., Kimmel, S. y Wilchins, R. (2010) The moderating effects of support for violence beliefs on masculine norms, aggression, and homophobic behavior during adolescence. *Journal of research on adolescence*, 21(2), 434-447.

Ramírez, J., Gutierrez, N. Y Cázares, L. (2015). La construcción de una agenda de políticas públicas de género de los hombres en México: Prolegómenos. *Masculinidades y cambio social*, 4 (2), 180-210.

Rivera, R. y Cahuana, M. (2016). Influencia de la familia sobre las conductas antisociales en adolescentes de Arequipa- Perú. *Actualidades en psicología*, 30 (120), 85-97.

Rocha, T. (2008). La adolescencia: periodo crítico en la construcción de género. En P. Andrade, J. Cañas y D. Betancourt (comp.). *Investigaciones psicosociales en adolescentes*. México: UNICACH, UNAM.

Rodríguez, R. (2015). Juegos de chicos, lesiones de jóvenes, muerte de hombres: masculinidades y prevención de la violencia. *Sociológica*, 30 (84). Pp. 75-115.

Shefer, T., Kruger, L. y Schepers, Y. (2015). Masculinity, sexuality and vulnerability in ‘workin’ with Young men in South African context: “you feel like a fool and an idiot... a loser”. *Culture, Health y sexuality*, 17 (S2), 96-111.

Spruit, A., Van der Put, C. , Van Vugt, E. y Stams, G. J. (2017). Predictors of Intervention Success in a Sports-Based Program for Adolescents at Risk of

Juvenile Delinquency. *International Journal of Offender Therapy and comparative criminology*. 1-22.

United Nations Office on Drugs and Crime. (2019). *Global study on homicide. Executive summary*. Viena: UNODC: Recuperado de :
<https://www.unodc.org/documents/data-and-analysis/gsh/Booklet1.pdf>

Universidad Nacional Autónoma de México y Secretaría de Gobernación. (2016). *El costo de la violencia contra las mujeres en México*. México: UNAM/SEGOB. Recuperado de:
https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/184345/El_costo_de_la_violencia_contra_las_mujeres_en_Mexico_-_oct_2016.pdf

Valdez-Santiago, R., Hidalgo-Solórzano, E., Mojarro-Íñiguez, M., Rivera-Rivera, L. y Ramos-Lira, L. (2013). Violencia interpersonal en jóvenes mexicanos y oportunidades de prevención. *Salud Pública de México*, 55 (2), S259-S266.

Villaseñor, M. Y Castañeda, J. (2003). Masculinidad, sexualidad, poder y violencia: Análisis de significados en adolescentes. *Salud Pública*, 45 (1), s44-s57.

Voisin, D.R., Patel, S., Sung Hong, J., Takahashi, L. y Gaylord-Harden, N. (2016). Behavioral health correlates of exposure to community violence among African-American adolescents in Chicago. *Children and youth services review*, 69, 91-105.

Watson, J. Washington, G. y Stepteau- Watson, D. (2015) Umoja: A cultural specific approach to mentoring Young african american males. *Child and adolescent social Work journal*, 32, 81-90.

Zayas-Ríos, J. Reyes-Ortíz, V. González-Cortés, D. Villarán, G. S. Y Vilella, R. G. (2016). Intervención educativa en salud para prevenir la violencia en estudiantes adolescentes. *Revista cubana de Salud pública*, 42 (1), 37-44.